



Si la enfermedad no puede evitarse, si hay una cosa que debemos hacer: rodearla de la mayor belleza posible...

La enfermedad y vosotras

CUANDO SOMOS NOSOTRAS LAS ENFERMAS

DESGRACIADAMENTE la enfermedad no puede evitarse, y cuando llama a nuestras puertas debemos ponernos en la mano de la Divina Providencia y de los médicos y esperar que pase la mala racha. Sin embargo, si hay una cosa que no sólo podemos, sino que debemos hacer, y es rodear a la enfermedad de la mayor belleza posible. ¡Porque las enfermedades en las novelas parecen bonitas e interesantes, pero la realidad es bastante diferente! Pensamos dividir este artículo en dos partes. Primera: cuando las enfermas somos nosotras mismas, y segunda, cuando somos nosotras las enfermeras, y tengamos en cuenta que para nada entra

aquí el aspecto médico de la cuestión, pues en eso, como antes se ha dicho, nos atenderemos escrupulosamente a lo que el médico indique.

Los platos que presentemos a los enfermos deben ser primorosamente colocados, y no caigamos nunca en el error de que porque sea sólo un puré o un caldo, podemos presentarlos de cualquier manera.

Es tan grande el consuelo de los enfermos cuando se les visita, que esta acción ha merecido figurar entre las obras de misericordia. Pero no inflijamos un sacrificio demasiado grande a nuestros visitantes y hagámosle su estancia a nuestro lado lo más agradable posible. Ante todo, cuidemos de la ventilación y el arreglo del cuarto. Pensemos que una buena ventilación, hecha con prudencia, no será más que beneficiosa, sea cual fuera la enfermedad de la que sufrimos. La habitación exigiremos que esté escrupulosamente limpia y ordenada, sin que en ella aparezca ningún objeto que pueda recordarnos la enfermedad. Nada de almacenar medicinas y potingues en nuestra mesita de al lado de la cama. ¡Coloquemos en su lugar un cacharro con flores! Si estamos demasiado cansadas para leer o para mantener la atención fija sobre alguna cosa determinada, en cambio, la sola vista de las flores nos distraerá agradablemente. La cama debe aparecer también exageradamente ordenada, y cuidemos que las sábanas no presenten ese aspecto arrugado que da sensación de poca limpieza y que tan poco amable resulta. Para ello, un buen método es, en caso de que nuestros medios no nos permitan mudar la ropa diariamente, que sería lo mejor, tener, al menos, un juego de día y uno de noche. Así cada mañana, al hacernos la cama, nos pueden colocar unas sábanas, al menos recién planchadas. Y ahora llegamos a nosotras mismas. Si la enfermedad no es muy importante, y el médico no lo prohíbe, el ideal es levantarse todas las mañanas para tomar un baño o, al menos, para lavarse ampliamente. En caso de que las circunstancias nos lo permitan, nos lavaremos en la misma cama lo más completamente posible: y no olvidando de lavarse la boca varias veces en las veinticuatro horas. Todos los días nos vestiremos un camión limpio y bien planchado, y si encima nos ponemos alguna chaqueta o chal, ésta debe presentar un aspecto fresco y pimpante. Cuidaremos del peinado, que no hace falta sea el mismo de la vida ordinaria: las trenzas, si el pelo es largo, o, sencillamente cepillado hacia atrás si es corto, nos darán un aspecto ordenado y juvenil. No olvidemos que las cintas en colores pálidos, azul y rosa, a juego con el camión o las redcillas en estos tonos, favorecerán nuestro rostro, además de fomentar nuestro orden. ¡No descuidemos el maquillaje! Tengamos a mano un espejo y unos polvos, y para nosotras mismas será una distracción el pintarnos y arreglarnos. No abandonemos estos días a la manicura, pues nuestras manos estarán en especial evidencia, y adornémoslas con alguna sortija. También puede usarse un adorno sencillo de perlas en collar y pendientes. Utilizaremos una buena agua de colonia, que también tendremos a nuestro lado, y será preferible por refrescante que el olor más caisado de los perfumes. Si una vez en la convalecencia pasamos de nuestra cama a una butaca o una silla larga, procuremos siempre cambiar de cuarto,

